

HACIA UNA REVOLUCION DOCENTE EN LA UNIVERSIDAD

Armando Rugarcía

Armando Rugarcía es profesor e investigador de la Universidad Iberoamericana.

INTRODUCCION

La docencia en México y en muchas otras partes del mundo está como muerta. Nuestra pedagogía ha hecho de la función magistral un evento intrascendente. Se enseña para la erudición y no para la formación humana; se aprende pero no se comprende, se vive pero no se ha revisado seriamente en función de qué; se resuelve, pero buscando la imitación de rutinas no entendidas cabalmente; se decide pero sin tener presentes a los demás.

Dos situaciones confirman lo anterior: a) El desencanto de exalumnos universitarios por su mala formación que tarde o temprano se hace evidente y se ratifica por los empleadores de recién egresados. b) Las quejas de los maestros universitarios sobre sus alumnos y sobre el poco apoyo que reciben para aminorar los problemas que enfrentan como profesores.

La actividad académica lateral a la función directiva que desempeño, corresponde a dar cursos o talleres de dos a cuatro días sobre “Mejoramiento de la docencia universitaria”, que desde hace cerca de cinco años vengo llevando a cabo con la participación de trescientos a trescientos cincuenta profesores por año. De esta experiencia, resalto las angustias principales y generales que los maestros mencionan con respecto a su docencia la más comentada es la falta de motivación de sus alumnos para emplearse a fondo en sus cursos; le siguen, pisando los talones, la mala preparación anterior de sus alumnos y la falta de recursos (tiempo, materiales, computadoras, libros, revistas, etc.) para preparar y conducir sus cursos. Por supuesto que hay muchos otros problemas asociados con la docencia universitaria actual, pero éstos son los tres que más han llamado mi atención por su recurrencia.

El asunto que precede a un movimiento docente, sea revolución o cualquier otra cosa, es tratar de identificar las causas de la mala calidad de nuestra docencia en México. Es evidente que lo que causa esta situación son un sinnúmero de factores entrelazados que por desgracia no han sido ponderados suficientemente en cuanto a su impacto en el proceso educativo. Entre las causas que se mencionan, se encuentran el insuficiente y deficiente financiamiento de la educación superior (de un 0.74% del PIB en 1974 a un 0.5% en 1991); el crecimiento de la matrícula universitaria (de atender a un 7% de los jóvenes entre los 18 y 23 años en 1975, a atender el 15% de ellos en 1992); la baja matrícula de posgrado en México (un estudiante de posgrado por cada dos mil habitantes mexicanos contra uno por cada setenta en los Estados Unidos, o sólo cerca del 4% de la matrícula de educación superior en México); y la falta de preparación de los maestros en todos los niveles (se identifica hacer un posgrado e investigar con preparación docente).

Pero, aunque usted no lo crea, detrás de estas causas están las ideas: esos protagonistas ocultos del quehacer humano. La idea de universidad, de educación, de investigación, de profesor, de alumno, de hombre y de sociedad que se tengan en forma consciente o no, sin lugar a dudas afecta las decisiones, amplias o concretas, que se tomen en o para la universidad y más en concreto en o para la docencia.

Quisiera comentar el resultado de una intelección empírica sobre la idea que percibo, escondida “dentro” de otras ideas y acciones en las instituciones escolares y que contribuye fuertemente a que no podamos salir de la crisis en que nos encontramos. Esta idea es: “El culto al conocimiento.” Esto quiere decir que el conocimiento en sus vectores de búsqueda o descubrimiento se ha convertido en el motor del quehacer universitario en la investigación, en la docencia, en la difusión y en la administración. Pero lo dramático del caso es que este “conocimiento” no significa lo mismo que significaba para los clásicos antiguos y que dio

origen a la academia e inspiró la creación de varias universidades. Hoy el conocimiento que fanáticamente buscan alumnos y estimulan profesores, reglamentos y directivos es un conocimiento fáctico, mecánico, o de memoria. Como que la antigua identidad entre conocimiento sabiduría se ha mutado a una identidad conocimiento erudición. El conocimiento que se convierte en sabiduría para ir soportando el quehacer humano tiene una calidad diferente del conocimiento que se concreta en datos o conceptos almacenados en la memoria sin comprenderlos. La experiencia de vida cada vez con mayor claridad va “diciendo” que el conocimiento memorístico no sirve tanto como se cree para enfrentar la profesión o, en forma más amplia, la vida.

Si esta simplista explicación sociológica de la educación tiene sentido, el desencanto de los egresados y las quejas de los docentes y empleadores también encontrarían su explicación. Los egresados saben quizá muchas cosas, pero no las comprenden ni están capacitados para manejarlas en la interacción socioprofesional. Por otro lado, no tienen muy claro el tipo de profesional o persona que en verdad quieren ser.

Aquí ha aparecido el culpable del drama universitario: el conocimiento que en su búsqueda fanática excluye la posibilidad de trabajar otras dimensiones humanas que son hartamente más importantes: la comprensión, las habilidades u operaciones para manejar el conocimiento y para establecer juicios de valor por uno mismo.

Cómo no se va a sentir desmotivado un estudiante al tener que aprender de memoria una gran cantidad de información que siente que le servirá de muy poco para enfrentar el curso que sigue. Cómo se va a sentir bien un maestro que entiende su quehacer como un mero transmisor de conocimientos que se da cuenta que sus alumnos no comprenden y, con frecuencia, ni él mismo.

REVOLUCION DOCENTE

Si se habla de revolución docente es necesario que exista algo que revolucionar. Al tenor del apartado anterior, se puede inferir que lo primero que habría que combatir en esta revolución docente es el sentido de la docencia o del quehacer del profesor. Sería necesario que maestros y personas que los apoyan cambien; esto es, que conciban la docencia como un servicio de la educación el maestro debe ser un educador, es decir, una persona que busque y logre que sus alumnos comprendan ciertos conceptos de la profesión y de la cultura; que desarrollen las habilidades que les permitan manejar mejor lo que van aprendiendo y que sean capaces de seguir un método que los lleve a cuestionar y/o aprehender valores, reforzando así las actitudes, los intereses y los compromisos correspondientes.

Nada cambiará en una institución escolar si no se modifica la manera de pensar de los maestros. Ya que ni reglamentos, ni planes de estudio, ni autoridades, ni edictos, ni siquiera los tan necesarios aumentos de sueldo a los gestores universitarios, lograrán un cambio radical.

Después de esta etapa de la revolución docente que parece pertinente en estos tiempos, se requiere una segunda que tenga que ver con los aspectos metodológicos necesarios para que el profesor cumpla con su nueva misión educar. Esto es, formar personas capaces de comprender, pensar y valorar.

En aproximadamente el 80% de los cursos universitarios se emplea el método expositivo: el profesor dice o escribe lo que sabe para que el alumno en determinados momentos del curso refiera con fidelidad lo que el profesor sabe. Esta dinámica magisterial es consecuencia del culto al conocimiento y contribuye a estimular el aprendizaje de memoria.

Si se quiere ir mutando a un profesor-transmisor de conocimientos a otro profesor-educador, es necesario revisar los métodos de enseñanza. Un método es una serie de pasos sistemáticos, ordenados, para lograr un propósito. Establecer una serie de pasos fijos y rutinarios para encarar la docencia no es posible por tres razones los alumnos tienen diferente grado de preparación (no sólo en conocimientos sino en formas de pensar y en actitudes hacia el curso y la universidad), pues los profesores tienen una formación y experiencia muy diversa y las temáticas de los cursos son diferentes.

Esta situación fuerza a buscar ciertos principios metodológicos que orienten la función del profesor como educador. De mi experiencia en la formación de profesores surgen cinco principios metodológicos que me permito proponer:

1. EL APRENDIZAJE ES INDIVIDUALIZADO

El aprendizaje, con sus consecuencias educativas, es un evento que sucede individualmente. Esto no implica que el maestro no tenga nada que hacer para estimularlo ni que no se pueda aprender en grupo.

2. LAS HABILIDADES PARA PENSAR SON DESARROLLABLES

Las operaciones o habilidades intelectuales que soportan la emisión de juicios de hecho y de valor o el pensamiento crítico y creativo se refuerzan o mejoran si se ejercitan.

Desde el punto de vista educativo es más importante la forma como se aprende un conocimiento que el conocimiento en sí. Lo que asegura que el conocimiento se integre en la persona y además aporte otras consecuencias educativas es el esfuerzo intelectual, afectivo o físico que se haya hecho para obtenerlo. Una de estas consecuencias es el desarrollo de habilidades para pensar o para manejar lo que se ha aprendido.

Para que un aprendizaje contribuya al desarrollo de habilidades intelectuales, es necesario que el alumno, al estar aprendiendo, ponga en juego dichas habilidades, tales como inquirir, imaginar, ponderar, sintetizar y analizar.

Es mejor que el alumno desarrolle su capacidad de pensar por sí mismo a que sólo memorice lo que tiene que aprender.

La solución de problemas y el manejo de casos o proyectos han mostrado ser dos estrategias pertinentes para manejar conceptos aprendidos y desarrollar habilidades para pensar.

3. EL APRENDIZAJE PUEDE SER ESTIMULADO POR EL MAESTRO

Una relación profesor-alumno amistosa, respetuosa y centrada en la educación del alumno estimula el aprendizaje. El aprendizaje se fomenta cuando el alumno está dispuesto a aprender. Esto se motiva cuando el alumno sabe a dónde se quiere llegar, la tarea es realizable y se estimula su intelecto.

La continuidad en el aprendizaje es influenciada por lo que le sucede al alumno después de aprender “algo”. El darse cuenta de que algo se ha comprendido o resuelto bien, el tener la libertad de expresarlo con palabras propias y el reconocimiento de este hecho, promueven el seguir aprendiendo.

Un aspecto que ha mostrado su potencial de estímulo hacia el aprendizaje es la incorporación de elementos de la realidad, sobre todo profesional, en los cursos.

La pronta realimentación al alumno sobre sus avances es un detonador de la motivación hacia el aprendizaje.

4. FAVOREZCA LA CONCEPTUALIZACION INTERDISCIPLINARIA

La explicación del profesor, la lectura reflexiva y la resolución de problemas estimulan la comprensión de conceptos.

Los conceptos comprendidos y agrupados por temáticas, y con otras temáticas, sirven mejor en la solución de problemas, el análisis de casos, la investigación o cualquier otra tarea que los requiera.

5. EL APRENDIZAJE MAS IMPORTANTE CORRESPONDE A UN VALOR

La responsabilidad fundamental de una institución educativa y sus docentes es la de mostrar en su vida cotidiana los valores en los que cree para estimular el desarrollo de actitudes correspondientes. Es más importante que el alumno descubra y aprenda una razón válida para vivir, que cualquier otra cosa.

Las actitudes son lo que dan lugar a los valores. El valor es un ideal que trasciende las situaciones, mientras que la actitud hace referencia a las situaciones concretas, es decir, atiende al objeto, tiempo, contexto y tipo de acción. La esperanza del educador es que las actividades que se desarrollen en un curso logren que los alumnos sean capaces de establecer juicios de valor consistentes derivados de modos de pensar y valorar que les permitan hacer frente a sus decisiones vitales.

Los valores no se imponen, sino que se proponen y ejemplifican vivencialmente en la cooperación, no en la competencia. Una actitud se refuerza cuando se percibe en una persona digna de respeto o cuando se dialoga críticamente en clase sobre situaciones sociales cotidianas preñadas de valores.

Con estos principios, o en otros, los maestros tendrían que ir rediseñando, conduciendo sus cursos y observando el impacto educativo de los mismos. La mejor manera de crecer como profesor es el ir revisando y reflexionando sobre los propios métodos de enseñanza.

Baste lo anterior como un esbozo sobre el tema recurrente en la docencia universitaria mal apodado como: “los métodos para enseñar”.

CONCLUSION

Ante la situación docente contemporánea, se propone que la revolución docente en la universidad actual se oriente a combatir dos aspectos: modificar el sentido de la docencia de nuestros maestros, intentando convertirlos de transmisores de conocimientos a educadores; posteriormente, capacitarlos para cumplir cada vez mejor con su cometido. Sería el luchar contra el aprendizaje mecánico e ir más allá de los contenidos.

Esta parece ser una tarea que vale la pena al menos intentar por el bien de nuestros alumnos y el de nuestro país.